

EL MONTE ADEHESADO. UNA HIPÓTESIS SOBRE LOS ANTECEDENTES DE SU FORMACIÓN

José Manuel GÓMEZ GUTIÉRREZ¹

Ángel PUERTO MARTÍN¹

RESUMEN.—Resulta sencillo describir las etapas que conducen a la formación de la dehesa, considerando cualquiera de los estados en que se encuentra el territorio actualmente, pero no es fácil deducir cómo pudo llegarse a concebir tal sistema. La hipótesis que se plantea, no parte de un bosque cerrado, sucesivamente aclarado o clareado, sino de unos antecedentes próximos a la sabana, su destrucción y posterior recuperación más utilitaria.

SUMMARY.—It is a simple matter to describe the stages leading to the formation of dehesa-type land by considering any of the states in which the territory is currently to be found; however it is much harder to understand how such a system was originated. The hypothesis posed in the present work is not based on a closed forest system—successively felled or cleared—as the starting out point but rather on an original state that was more like a savannah, its later destruction followed by a more utilitarian recovery.

INTRODUCCIÓN

Los procesos que culminan en la formación del bosque adehesado pueden ser muy diversos; tantos como sus posibles puntos de partida. Desgraciadamente se han perdido muchas técnicas, en parte por falta de interés, y con ello se ha venido abajo un bagaje cultural notable y un no menos importante compendio de ecología empírica.

Resulta curioso que un sistema que pudo desarrollarse sobre amplias extensiones, particularmente en el ámbito mediterráneo, haya quedado limitado al centro-oeste y suroeste ibérico, con alguna réplica en otras áreas (Marruecos, Cerdeña). También contrasta el esfuerzo investigador que se desarrolla en otros países para conseguir implantar formaciones de este tipo con el proceso de degradación que experimentan nuestras dehesas debido a una utilización inadecuada.

Nuestro objetivo, por fuerza teórico, se centra en los orígenes de un sistema que ha alcanzado su plenitud en localizaciones muy concretas. Si admitimos que dicha pleni-

¹ Departamento de Geografía, Ecología y Edafología, Facultad de Biología, Universidad de Salamanca. 37008 SALAMANCA.

tud era manifiesta ya en el siglo XV, es posible remitir la evolución posterior a los trabajos de CABO (1978) y SÁNCHEZ & LUIS (1978).

UN MODELO DISCUTIBLE

Pese a las dudas que existen al respecto, cada vez más generalizadas, se sigue aceptando la teoría de un adeshamiento remoto a partir del bosque virgen original. El hombre cazador-recolector se habría servido del fuego para aumentar las posibilidades de captura de presas, mientras que fuego, desbroces, roturación y ganado constituirían los medios de los pastores-agricultores para abrir los claros que paulatinamente conducirían al monte adeshado.

La primera pregunta que surge es si realmente existió el bosque original o, planteada de otro modo, desde cuándo existió dicho bosque y qué superficie llegó a cubrir. Está suficientemente bien demostrado que, durante todo el Pleistoceno (con las alternativas marcadas por las glaciaciones) y una gran parte del Holoceno, la península Ibérica ha contado con una vegetación de marcado carácter estepario. Ya REMY (1958) apunta esta circunstancia para el Villafranchense, si bien indica la presencia de árboles (se pasa de *Picea*, *Pinus* y *Betula* a *Pinus* y *Quercus*) en formaciones más o menos densas. Los trabajos de DONNER y KURTEN (1958) y de MENÉNDEZ AMOR & FLORSCHUTZ, (1963) permiten llegar a resultados similares para el interglacial Mindel-Riss, el Tardiglacial würmiense, el Atlántico y el Subboreal.

En cuanto a la flora más reciente, las controversias han sido muchas; a las opiniones clásicas, que propugnan una teoría esteparia, seguida, entre otros, por Willkomm, Odón de Buen y Reyes Prósper, se oponen las de Huguet del Villar y Font Quer, quienes recalcan el origen antrópico de las pretendidas estepas españolas. Aunque el escepticismo sea la posición más cómoda, tal vez convenga indicar, como hacen MENÉNDEZ AMOR y FLORSCHUTZ (l.c.), que "quand on visite par exemple en Andalousie dans les environs de Grenade, ces collines dépourvues d'arbres avec une végétation consistant principalement en *Artemisia*, *Stipa*, *Capparis*, Chénopodiacées, *Helianthemum* et d'autres plantes steppiques et qu'on ne se réalise pas que ce paysage était encore couvert de forêts en temps historiques, on a de la peine à se soustraire à l'impression qu'on se trouve dans une véritable steppe".

Durante el Holoceno no se producen grandes fluctuaciones climáticas (MENÉNDEZ AMOR y FLORSCHUTZ, 1961) y *Quercus* prevalece continuamente sobre *Pinus* (MENÉNDEZ AMOR y FLORSCHUTZ, 1962). No obstante, si tienen lugar variaciones en el clima, más o menos moderadas, que concuerdan bastante bien con las de la sabana de Bogotá (Van der HAMMEN y GONZÁLEZ, 1960).

Debemos admitir, por tanto, que la hipótesis de una España totalmente arbolada se halla fuera de lugar. Los caracteres esteparios han debido de ser comunes en buena parte de nuestra superficie después de los últimos episodios glaciales, y probablemente en algunos lugares los árboles han estado siempre ausentes, o bien han constituido elementos aislados (caracteres sabanoides) o bosquetes distanciados entre sí por amplias superficies herbosas (paisajes de parque). El clima semiárido mantiene un equilibrio inestable, debido al cual pequeñas fluctuaciones en las disponibilidades hídricas suponen que las ventajas competitivas pasen de las herbáceas a las leñosas o viceversa. Dentro de lo lúbil que puede ser un sistema de este tipo, el hombre ha debido de desempeñar un papel importante, por lo que es conveniente cuestionarse algunas de sus actuaciones.

LA INTERVENCIÓN HUMANA

Aunque se acepte que la densidad inicial de población fue baja (REINHARD y ARMENGAUD, 1966), conviene ser prudentes en este extremo, porque los restos arqueológicos del Paleolítico y del Neolítico son muy numerosos en el oeste español. Si se supone que el bosque es el punto de partida, es difícil que pocos pobladores pudieran transformarlo, porque el fuego, en muchos casos, tiene como efecto la potenciación del matorral; sólo el desbroce unido a una carga ganadera adecuada (medios impensables) podría haber conducido al adehesamiento. Si, por el contrario, admitimos una densidad humana mayor, tampoco parece que un bosque tan agresivo como el de quercíneas sea el lugar más adecuado para llevar a cabo una agricultura itinerante, de subsistencia, que permitiera mantener un número relativamente elevado de pobladores.

Más fácil parece que las áreas desarboladas (esteparias, sabanoides) fueran las de ocupación inmediata. Los registros fósiles, la abundancia de ramoneadores, las concepciones históricas de Iberia como "granero de Roma", los comentarios (no siempre acertados) de Estrabón, parecen apuntar en este sentido. Algo similar cabe decir de la trashumancia; si exceptuamos los procesos de pequeño recorrido (montaña-valle), debieron de ser las migraciones de los animales silvestres las que marcaran la pauta para los semidomésticos y domésticos, y estas migraciones requieren espacios abiertos. Por otra parte, pinturas rupestres y hasta tradiciones responden a un paisaje estepario, quizá sabanoide, posiblemente con bosquetes aislados y montañas boscosas, pero en todo caso con amplias áreas que pudieran ser puestas en cultivo sin gran esfuerzo.

Es probable que el cultivo supusiera una ruptura del equilibrio herbáceas-leñosas, la cual, tal vez en connivencia con algún cambio climático, pudo llegar a favorecer el desarrollo del arbolado. Las masas boscosas, cada vez más cerradas, pudieron servir temporalmente de alimento, tanto indirecto como directo (el pan de bellotas del que nos habla Estrabón). Pero, para entonces, el uso del bronce y el posterior del hierro hacen pensar en una verdadera capacidad de intervención humana en las labores de desbroce, tala y poda. Los bosques originales, y los secundarios, empiezan a ser aclarados para responder a las demandas de una población creciente.

En las proximidades de los canales de drenaje o zonas húmedas, donde no subsisten las leñosas, y en los sesteaderos o abrigos, donde se concentra el ganado, comienza un desbroce sistemático, que pierde intensidad hacia el interior de la formación arbórea; tal desbroce se produce por pisoteo, ramoneo y utilización de los extremos de las ramas rotas como rascaderos. Termina por desaparecer el matorral, los arbustos, los árboles jóvenes y las ramas de los adultos hasta la altura en que pueden ser alcanzadas por el animal ramoneador. El pastizal entra con fuerza en las zonas de acumulación de heces y va ganando terreno al bosque de forma paulatina, desviándose de la tendencia sucesional sin intervención.

Si la acción del ganado se produce después del incendio, sólo permanecen algunos ejemplares de árboles adultos, que sobreviven al efecto del fuego. Los nuevos brotes, rebrotes y semillas germinadas desaparecen pronto por pisoteo, pastoreo o incremento de la fertilidad; únicamente unas cuantas carrascas (encina, alcornoque) o bardas (roble, quejigo) logran implantarse, pero son mantenidas en localizaciones concretas (las más oligotrofas y de menor presión de pastoreo) durante muchos años o a perpetuidad, produciéndose unos ejemplares de poca altura, retorcidos y añosos. Cuando alguno de ellos consigue prosperar (linderos, asomos rocosos, pedregales) puede aún ser quebrado, hasta que alcanza un diámetro de unos 20 cm en la base y de 10 cm o más a metro y medio del suelo; sus ramas bajas serán consumidas y se formará un árbol, pero siempre expuesto a morir en el próximo incendio.

Bajo una perspectiva basada en la historia cercana, la concentración de la propiedad en manos de los nobles visigodos viene a producir una situación similar a la que se encontrará más tarde en las postrimerías de la reconquista (CABO, 1978), supuesta-

mente con recuperación notable en el avance del bosque. El posterior reparto entre la población al que procedieron los árabes, con intensificación del cultivo, vendría a ser un anticipo de otras situaciones similares en las que se forzó la destrucción del bosque, ya escaso (desamortizaciones del XIX, postguerra y mecanización). Sin embargo, dentro de las muchas vicisitudes históricas, quizá se produce un cambio de signo: hasta nuestros días, la creciente capacidad de intervención hace que el arbolado se encuentre ya en una situación de regresión preocupante. Cada paso adelante (recuperación) parece ir seguido de dos atrás (deforestación).

Esto también justificaría otras actitudes. Desde que el hombre inicia sus cultivos itinerantes, el árbol es el enemigo natural que hay que destruir, pues invade las tierras aptas para las labores; existe un remanente arcaico en el comportamiento del peninsular, paliado unas veces por la necesidad de materias primas y otras por los movimientos conservacionistas, aunque los significados sean muy distintos.

En consecuencia, esta hipótesis nos permite intuir una serie de fluctuaciones repetitivas, con dominio alterno o imbricado de territorios abiertos y bosque cerrado, reproducible en nuestros días. Las diversas edades de encinas y robles, que se manifiestan en una gran diferencia de tamaños, incluso en la misma parcela o dehesa, son el testimonio de procesos de recuperación-destrucción tanto del pasado como del presente. No obstante, conviene subrayar que el grado de intervención del hombre, con todos los artefactos propios de nuestra actual civilización, deja muy pocos caminos de retorno a ningún tipo de bosque; estamos en la época de dos pasos atrás, pensando en la conveniencia de dar uno adelante. El bosque adhesionado es la solución intermedia, el equilibrio inestable, pero deseable, entre esos dos extremos constituidos por el abandono y la sobreexplotación.

BIBLIOGRAFÍA

- CABO, A. (1978). Antecedentes históricos de las dehesas salmantinas. *Estudio Integrado y multidisciplinario de la Dehesa Salmantina (2.º fascículo)*. C.E.B.A. y C.P.B.E. Salamanca-Jaca.
- DONNER, J.J. & KURTEN, B. (1958). The floral and faunal succession of "Cueva del Toll", Spain. *Eiszeitalter und Gegenwart*, 9.
- MENÉNDEZ AMOR, J. y FLORSCHUTZ, F. (1961). Contribución al conocimiento de la historia de la vegetación en España durante el Cuaternario. *Estudios Geológicos*, 17.
- MENÉNDEZ AMOR, J. y FLORSCHUTZ, F. (1962). Un aspect de la végétation en Espagne Méridionale durant la dernière glaciation et l'holocène. *Géologie en Mijnbouw*, 41.
- MENÉNDEZ AMOR, J. y FLORSCHUTZ, F. (1963). Sur les éléments steppiques dans la végétation quaternaire de l'Espagne. *Bol. R. Soc. Española Hist. Natural (G)*, 61.
- REINHARD, M. y ARMENGAUD, A. (1966). *Historia de la población mundial*. Ariel. Barcelona.
- REMY, H. (1958). Zur Flora und Fauna der Villafranca-Schichten von Villarroya, Prov. Logroño, Spanien. *Eiszeitalter und Gegenwart*, 9.
- SÁNCHEZ, F. y LUIS, A. (1978). La gran propiedad rústica en la provincia de Salamanca. *Estudio Integrado y Multidisciplinario de la Dehesa Salmantina (2.º fascículo)*. C.E.B.A. y C.P.B.E. Salamanca-Jaca.
- Van der HAMMEN, Th. & GONZÁLEZ, E. (1960). Upper pleistocene and holocene climate and vegetation of the "Sabana de Bogotá" (Colombia, South America). *Leidse Geologische Medelingen*, 25.